

Somerset Maugham

Lluvia



Dos matrimonios deben permanecer en una isla llamada Pago-Pago a causa de la sospecha de una epidemia de gripe en el barco en el que viajaban. Su estancia en la única pensión de la población coincide con la de Sadie Thompson, otra pasajera del barco. Se trata de una mujer que viaja sola y que, a juicio de los Davidson, un matrimonio de misioneros, incumple con la rectitud moral que ellos, con gran esfuerzo, enseñan a los nativos. El señor Davidson se propone recuperar a esa oveja descarriada, lo que desata un pulso entre dos personajes completamente opuestos y da lugar a un desenlace sorprendente.

Originalmente se publicó como *Miss Thompson* en el número de abril de 1921 de la revista literaria estadounidense *The Smart Set*.

Índice de contenido

Lluvia

Sobre el autor

Era casi hora de acostarse, y cuando a la mañana siguiente se despertaran, la tierra estaría a la vista. El doctor Macphail encendió la pipa y, apoyándose en la barandilla, buscó en el cielo la Cruz del Sur. Después de haberse pasado dos años en el frente, donde sufrió una herida que había tardado en curar más tiempo del debido, le alegraba la perspectiva de instalarse tranquilamente en Apia durante un año por lo menos, y ya se sentía mejor y con fuerzas para realizar el resto de la travesía. Como algunos de los pasajeros dejarían el barco en Pago-Pago al día siguiente, aquella noche se había organizado un baile, y todavía resonaban en sus oídos las ásperas notas de la pianola. Pero por fin el silencio reinaba en la cubierta. Cerca de donde estaba vio que su mujer, acomodada en una tumbona, hablaba con los Davidson, y fue a su encuentro. Cuando tomó asiento bajo la luz y se quitó el sombrero, reveló un cabello muy rojizo, la coronilla calva y la piel rubicunda y pecosa propia de los pelirrojos. Tenía cuarenta años y era delgado, de rostro enjuto, meticuloso y bastante pedante. Hablaba con acento escocés en voz muy baja y sosegada.

Entre los Macphail y los Davidson, que eran misioneros, había cuajado una de esas amistades de a bordo, debida más a la estrecha convivencia que a cualquier coincidencia de gustos. Lo que más les unía era la censura de los hombres que se pasaban los días y las noches en el salón fumador, jugando al póquer o al *bridge* y bebiendo. A la señora Macphail le halagaba no poco pensar que ella y su marido eran las únicas personas a bordo con quienes los Davidson estaban dispuestos a relacionarse, e incluso el doctor, tímido pero nada tonto, había agradecido inconscientemente

el detalle. Si por la noche se había permitido expresar ciertas críticas en el camarote, ello se debía a su tendencia a la controversia.

—Dice la señora Davidson que no sabe cómo habrían podido soportar la travesía de no haber sido por nosotros —confió al doctor su mujer, mientras cepillaba cuidadosamente el postizo—. Somos los únicos pasajeros por los que se ha interesado.

—No se me habría ocurrido pensar que un misionero fuera un pez tan gordo como para darse aires.

—No es que se dé aires. Comprendo perfectamente lo que ella quiere decir. No habría sido muy agradable para los Davidson tener que mezclarse con esa gente vulgar del salón fumador.

—El fundador de su religión no era tan selecto —replicó el doctor Macphail, riendo entre dientes.

—Te he dicho una y otra vez que no bromees con la religión —dijo ella—. No me gustaría ser como tú, Alec. Nunca buscas el lado bueno de las personas.

Él la miró de soslayo con sus ojos azul pálido, pero no dijo nada. Al cabo de muchos años de vida matrimonial había llegado a la conclusión de que dejar a su esposa la última palabra era lo mejor para que hubiera paz entre los dos. Se desvistió antes que ella, subió a la litera superior y se acomodó para leer hasta que pudiera conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, cuando salió a cubierta, estaban cerca de tierra. La contempló con un brillo de codicia en los ojos: una estrecha franja de playa plateada al pie de unas colinas totalmente cubiertas de vegetación lujuriente. Los cocoteros, espesos y verdes, llegaban casi a la orilla, y entre ellos se veían las cabañas de paja trenzada de los samoanos. Aquí y allá se alzaba una pequeña iglesia de un blanco destellante. La señora Davidson se le acercó y permaneció a su lado. Vestía de negro y llevaba prendida al cuello una cadena de oro de la que pendía una pequeña cruz. Era una mujer menuda, de cabello castaño deslucido,

que se peinaba primorosamente, y tenía los ojos grandes y azules detrás de unos quevedos de fina montura. El rostro era largo, ovejuno, pero no daba la menor impresión de estolidez sino que, por el contrario, parecía muy despierta y sus movimientos eran rápidos como los de un pájaro. Lo más notable de su persona era la voz, aguda, metálica y sin inflexión. Su fatigosa monotonía irritaba los nervios tanto como el estrépito despiadado de un taladro neumático.

—Esto debe de parecerle a usted como su casa —le dijo el doctor Macphail, con una sonrisa leve y esforzada.

—Nuestras islas son bajas, ¿sabe usted?, muy diferentes a éstas. Son coralinas, no volcánicas. Aún faltan diez días de travesía antes de que llegemos a ellas.

—Eso aquí es casi como estar a la vuelta de la esquina —comentó el doctor Macphail jocosamente.

—Exagera usted, pero lo cierto es que en los mares del Sur te haces una idea diferente de las distancias. Hasta cierto punto tiene usted razón.

El doctor Macphail exhaló un leve suspiro.

—Me alegro de que no estemos destinados aquí —prosiguió ella—. Dicen que se tropieza con enormes dificultades para trabajar. Las escalas de los vapores alteran a la gente, y luego está la base naval, que es perjudicial para los nativos. En nuestro distrito no tenemos que enfrentarnos a esa clase de problemas. Hay uno o dos comerciantes, por supuesto, pero les obligamos a comportarse, y en caso contrario les hacemos la vida tan difícil que prefieren marcharse.

Se ajustó los quevedos y dirigió una mirada implacable a la verde isla.

—Aquí la tarea de los misioneros es casi imposible. Nunca podré estar lo bastante agradecida a Dios porque al menos nos haya librado de eso.

El distrito de los Davidson se componía de un grupo de islas situadas al norte de Samoa. Estaban muy separadas entre sí y a menudo el misionero tenía que recorrer largas

distancias en canoa. En tales ocasiones su esposa se quedaba en la sede central, al frente de la misión. El doctor Macphail se estremeció al pensar en la eficacia con que sin duda debía dirigirla. Aquella mujer hablaba de la depravación de los nativos en un tono que impedía cualquier réplica, pero también con un horror que revelaba un profundo fariseísmo. Tenía un sentido de la delicadeza singular. Cuando aún hacía poco que se conocían, le dijo a Macphail:

—Imagínese, sus costumbres matrimoniales cuando nos establecimos en las islas eran tan escandalosas que no podría describírselas. Pero hablaré de ello con su señora y ella le informará a usted.

Entonces vio que su mujer y la señora Davidson, sentadas muy juntas en las tumbonas de cubierta, conversaban animadamente durante un par de horas. Cuando pasó una y otra vez por delante de ellas, para estirar las piernas, oyó el susurro agitado de la señora Davidson, como el fluir lejano de un torrente de montaña, y a juzgar por la boca abierta y la palidez de su esposa, supo que estaba disfrutando de una experiencia alarmante. Por la noche, en el camarote, le repitió a su marido con el aliento entrecortado todo lo que había oído.

—Bueno, ¿qué le dije a usted? —inquirió la exultante señora Davidson, a la mañana siguiente—. ¿Había oído alguna vez algo más espantoso? No le extrañará que no pudiera decírselo, ¿verdad? Aunque sea usted médico.

La señora Davidson le escrutó el rostro. Tenía una ansiedad teatral por ver si había logrado el efecto deseado.

—¿Le sorprende que cuando llegamos ahí nos sintiéramos descorazonados? Quizá le cueste creerme si le digo que era imposible encontrar una sola buena chica en cualquiera de las aldeas.

Pronunció la palabra «buena» con mucha seriedad, como si fuese un tecnicismo.

—Mi marido y yo lo discutimos y llegamos a la conclusión de que lo primero que debíamos hacer era suprimir el baile. A los nativos les enloquecía bailar.

—Si he de serle sincero, no me desagradaba de joven —dijo el doctor Macphail.

—Eso supuse anoche, cuando le oí pedirle a su esposa que bailaran. No creo que haya nada malo en que un hombre baile con su mujer, pero me alivió que ella se negara. En esas circunstancias, me pareció mejor que nos mantuviéramos apartados.

—¿En qué circunstancias?

La señora le miró largamente a través de los quevedos, pero no respondió a su pregunta.

—Claro que entre nosotros, los blancos, las cosas no son exactamente como entre los indígenas —siguió diciendo—, aunque debo decirle que estoy de acuerdo con Alfred, quien no comprende cómo un marido puede quedarse a un lado y ver a su esposa en brazos de otro hombre. Por lo que a mí respecta, no he bailado una sola vez desde que estoy casada. Ahora bien, la danza nativa es harina de otro costal. No sólo es inmoral de por sí, sino que conduce claramente a la inmoralidad. Sin embargo, doy gracias a Dios porque la hemos erradicado, y no creo equivocarme si le digo que en nuestro distrito durante ocho años nadie ha bailado.

Habían llegado a la entrada del puerto y la señora Macphail se reunió con ellos. El barco efectuó un brusco viraje y avanzó con lentitud, exhalando vapor. Era un puerto amplio, rodeado de tierra, lo bastante amplio como para contener una flota de buques de guerra, y a su alrededor se levantaban, altas y escarpadas, las colinas verdes. Cerca de la entrada, y receptora de la brisa marina, estaba la casa con jardín del gobernador. La bandera con las barras y estrellas pendía lánguida del asta. Pasaron ante dos o tres *bungalows* bien cuidados y una pista de tenis, y entonces llegaron al muelle con sus almacenes. La señora Davidson señaló la

goleta, amarrada a doscientos o trescientos metros, que les llevaría a Apia. Había una muchedumbre de nativos afanosos, ruidosos y joviales procedentes de todos los lugares de la isla, algunos de los cuales habían acudido por curiosidad y otros para efectuar trueques con los viajeros que hacían escala allí camino de Sydney. Traían piñas tropicales y enormes racimos de plátanos, tejidos *tapa*, collares de conchas y dientes de tiburón, cuencos *kava* y reproducciones de canoas de guerra. Algunos marineros norteamericanos, aseados y apuestos, bien afeitados y de expresión ingenua, paseaban entre ellos, y se distinguía un pequeño grupo de oficiales. Mientras desembarcaban su equipaje, los Macphail y la señora Davidson contemplaban a la multitud. El doctor observaba las pápulas que sufrían la mayoría de los niños y adolescentes, unas llagas que los desfiguraban, como úlceras entumecidas, y le brillaban los ojos de profesional al ver por primera vez en su experiencia casos de elefantiasis, hombres que iban por ahí con un brazo muy hinchado o que arrastraban una pierna espantosamente desproporcionada. Hombres y mujeres llevaban por toda indumentaria una especie de taparrabos, el *lava-lava*.

—Es un vestido muy indecente —dijo la señora Davidson—. Mi marido cree que debería estar prohibido. ¿Cómo se puede esperar que la gente sea moral cuando no llevan más que una tira de algodón rojo alrededor de los riñones?

—Es bastante adecuado para el clima —replicó el doctor, mientras se enjugaba el sudor de la frente.

En tierra, el calor, pese a lo temprano de la hora, ya era opresivo. Pago-Pago, rodeada por las colinas, no recibía ni un soplo de brisa.

—En nuestras islas —siguió diciendo la señora Davidson con su voz estridente— hemos erradicado prácticamente el *lava-lava*. Unos pocos viejos todavía lo usan, pero eso es todo. Las mujeres visten con recato, y los hombres llevan pantalones y camisetas. Al comienzo de nuestra estancia mi marido expuso en uno de sus informes que los habitantes

de estas islas nunca se convertirán por completo al cristianismo hasta que se obligue a los niños de más de diez años a usar pantalones.

Pero la señora Davidson había dirigido dos o tres miradas rápidas como las de un pájaro a las densas y grises nubes que avanzaban sobre la entrada del puerto. Empezaron a caer algunas gotas.

—Será mejor que nos pongamos a cubierto —les dijo.

Se abrieron paso entre la multitud hasta llegar a un gran cobertizo de chapa ondulada, y apenas se habían resguardado cuando empezó a diluviar. Al cabo de un rato el señor Davidson se reunió con ellos. Aunque había sido bastante cortés con los Macphail durante la travesía, no era tan sociable como su esposa, y se había pasado la mayor parte del tiempo leyendo. Era un hombre silencioso y más bien taciturno, reservado por naturaleza e incluso adusto, y daba la sensación de que su afabilidad era un deber que se imponía cristianamente. Su aspecto era singular: muy alto y delgado, de miembros largos que parecían algo descoyuntados, las mejillas hundidas y los pómulos curiosamente altos. Tenía un aire tan cadavérico que sorprendía lo carnosos y sensuales que eran sus labios. Llevaba el cabello muy largo. Sus ojos eran oscuros, hundidos en las órbitas, grandes y trágicos, y las manos, de dedos grandes y largos, estaban bien formadas y producían una impresión de fuerza considerable. Pero su rasgo más sorprendente era el fuego interior que traslucía su persona y que resultaba imponente y vagamente turbador. No era un hombre con quien fuese posible intimar de ninguna manera.

Las noticias que traía eran ingratas. Se había declarado en la isla una epidemia de sarampión, enfermedad grave y con frecuencia mortal entre los kanakas, y afectaba a un miembro de la tripulación de la goleta que debía transportarles. Habían desembarcado al enfermo, hospitalizándole en la zona de cuarentena, pero desde Apia habían enviado instrucciones por telégrafo: no permitirían la entrada del

barco en el puerto hasta que estuvieran completamente seguros de que ningún otro miembro de la tripulación había contraído la enfermedad.

—Eso significa que tendremos que quedarnos aquí diez días por lo menos.

—Pero me necesitan con urgencia en Apia —adujo el doctor Macphail.

—No hay nada que hacer. Si no se producen más casos a bordo, permitirán que la goleta zarpe con pasajeros blancos, pero han prohibido el tráfico indígena durante tres meses.

—¿Hay aquí algún hotel? —preguntó la señora Macphail.

Davidson se rió entre dientes.

—No, no hay ninguno.

—¿Qué haremos entonces?

—Acabo de hablar con el gobernador. No lejos del puerto hay un comerciante que alquila habitaciones, y les propongo que en cuanto remita la lluvia vayamos ahí y veamos qué se puede hacer. No esperen grandes comodidades, desde luego. Pueden dar las gracias si conseguimos una cama para dormir y un techo que nos cobije.

Pero el cese de la lluvia no parecía inminente, y al final se pusieron en marcha, protegidos por sus paraguas e impermeables. Lo que allí había no era un pueblo, sino tan sólo un grupo de edificios oficiales, una o dos tiendas y, detrás, entre los cocoteros y los bananos, unas pocas viviendas de los nativos. La casa que buscaban estaba a unos minutos a pie desde el puerto. Era un edificio de madera de dos plantas, con el tejado de chapa acanalada. El propietario era un mestizo llamado Horn, casado con una nativa, a la que rodeaban varios niños morenos, y en la planta baja tenía una tienda donde vendía alimentos enlatados y paño de algodón. Las habitaciones que les mostró apenas estaban amuebladas. En la de los Macphail no había más que una cama humilde y deteriorada con un mosquitero rasga-

do, una silla desvencijada y un lavamanos. Miraron a su alrededor, consternados. El diluvio no cesaba.

—No voy a sacar del equipaje más que lo estrictamente necesario —dijo la señora Macphail.

Mientras abría un baúl, la señora Davidson entró en la habitación, muy animada y enérgica. El ambiente sombrío no surtía efecto alguno en ella.

—Si aceptaran mi consejo, tomarían ahora mismo hilo y aguja y se pondrían a remendar el mosquitero —les dijo—. De lo contrario no podrán pegar ojo en toda la noche.

—¿Tan molestos son los mosquitos? —inquirió el doctor Macphail.

—Ahora es su temporada. En Apia, cuando le inviten a una fiesta en la residencia del gobierno, observará que dan a todas las señoras una funda de almohada para que metan en ella las... las extremidades inferiores.

—Ojalá dejara de llover por un momento —dijo la señora Macphail—. Si el sol brillara, me sentiría más animada y procuraría hacer más cómodo este sitio.

—Ah, pues si eso es lo que espera, hágase a la idea de que va para largo. Pago-Pago es quizá la zona más lluviosa del Pacífico. Mire, las colinas y esa bahía atraen el agua y, de todos modos, es normal que llueva en esta época del año.

La mujer miró alternativamente a Macphail y a su esposa, los cuales permanecían en pie, impotentes, como almas perdidas, en distintos lugares de la habitación, y frunció los labios. Comprendió que debía hacerse cargo de la situación. Las personas tan ineficaces la impacientaban, pero ardía en deseos de ponerlo todo en el orden que tan natural era para ella.

—Si me da aguja e hilo les repararé el mosquitero mientras ustedes siguen deshaciendo el equipaje. La comida es a la una. Doctor Macphail, será mejor que vaya al muelle y compruebe si han colocado su equipaje en un lugar seco.

Ya sabe cómo son esos nativos, totalmente capaces de almacenarlo donde se empape de lluvia.

El doctor volvió a ponerse el impermeable y bajó las escaleras. Junto a la puerta, el señor Horn conversaba con el guardabanderas del barco que acababa de llegar y una pasajera de segunda clase a quien el doctor Macphail había visto a bordo en varias ocasiones. El guardabanderas, un hombrecillo de cara arrugada y sucio en extremo, le saludó con una inclinación de cabeza cuando pasó por su lado.

—Eso del sarampión es un mal asunto, doctor —le dijo—. Veo que ya se ha organizado.

El doctor Macphail pensó que el hombre se tomaba demasiadas familiaridades, pero era tímido y no se ofendía con facilidad.

—Sí, tenemos una habitación en el piso de arriba.

—La señorita Thompson iba a zarpar con ustedes rumbo a Apia, así que la he traído aquí.

El guardabanderas señaló con el pulgar a la mujer que estaba a su lado. Tendría unos veintisiete años, era rolliza y de una belleza más bien vulgar. Llevaba un vestido blanco y un amplio sombrero del mismo color. Las gruesas pantorrillas enfundadas en medias blancas de algodón sobresalían por encima de unas botas largas de cabritilla blanca satinada. Dirigió a Macphail una sonrisa insinuante.

—Ese individuo intenta clavarme un dólar y medio al día por un cuartucho —le informó con voz áspera.

—Te digo que es amiga mía, Jo —dijo el guardabanderas—. No puede pagar más de un dólar, y tienes que aceptar eso.

El comerciante era gordo, lampiño, y sonreía plácidamente.

—Bueno, señor Swan, si lo plantea así, veré lo que puedo hacer. Hablaré con mi mujer y, si creemos que nos es posible hacer una rebaja, la haremos.

—No me venga con esas tonterías —dijo la señorita Thompson—. Vamos a arreglar esto ahora mismo. Le doy

un dólar al día por la habitación y ni un centavo más.

El doctor Macphail sonrió. Admiraba el descaro con que la mujer regateaba. Él siempre pagaba lo que le pedían sin discusión, prefería que le cobraran de más a regatear. El comerciante suspiró.

—Está bien, acepto para complacer al señor Swan.

—Así me gusta —dijo la señorita Thompson—. Vamos a celebrarlo con un trago. Tengo un *whisky* de centeno bueno de verdad en ese bolso de mano. ¿Quiere traérmelo, señor Swan? Venga usted también, doctor.

—Oh, me temo que no, muchas gracias —respondió él—. He de ir a comprobar si nuestro equipaje está en condiciones.

El médico echó a andar bajo la lluvia, cuya cortina difuminaba por completo la orilla opuesta de la bahía. Pasó junto a dos o tres nativos vestidos tan sólo con el *lava-lava* y provistos de paraguas enormes. Caminaban con elegancia y movimientos pausados, muy erguidos, y cuando pasó por su lado sonrieron y le saludaron en una lengua desconocida.

Era casi la hora de comer cuando regresó; la comida estaba servida en el salón de la casa. La pieza, que no estaba destinada a ser habitada y cuyo único objeto era dar prestigio a la vivienda, tenía un aire melancólico y olía a cerrado. Dispuestos con buen gusto, alrededor de las paredes había varios asientos de felpa estampada, y del centro del techo, protegida de las moscas por un papel de seda amarillo, colgaba una araña de luces dorada. Davidson no se presentó.

—Ha ido a visitar al gobernador —dijo su esposa—, y supongo que le habrán invitado a cenar.

Una muchacha nativa les sirvió un plato de carne picada, y al cabo de un rato el comerciante entró para preguntarles si necesitaban algo.

—Veo que tenemos otra huésped, señor Horn —comentó el doctor Macphail.

—Ha tomado una habitación, eso es todo —respondió el comerciante—. De la comida se encarga ella misma.

Miró a las dos damas con aire servil.

—Le he dado un cuarto de abajo, para que no sea un estorbo. No les molestará en absoluto.

—¿Es una pasajera del barco? —preguntó la señora Macphail.

—Sí, señora, viajaba en segunda. Se dirigía a Apia. ¡Allí le espera un empleo de cajera!

—Ah.

Después de que el comerciante se hubiera marchado, Macphail comentó:

—No creo que le resulte muy divertido comer a solas en su habitación.

—Si viajaba en segunda, supongo que será mejor así —respondió la señora Davidson—. No sé quién puede ser.

—Yo estaba casualmente allí cuando la trajo el guarda-banderas. Se llama Thompson.

—¿No es la mujer que anoche bailaba con ese hombre? —inquirió la señora Davidson.

—Debe de ser la misma —respondió la señora Macphail—. Me intrigó nada más verla. Parecía bastante descarada.

—No tiene ni pizca de clase —dijo la señora Davidson.

Se pusieron a hablar de otras cosas y, después de la cena, fatigados porque llevaban en pie desde una hora muy temprana, se retiraron a sus respectivas habitaciones. Al despertar, aunque el cielo aún estaba gris y las nubes se mantenían bajas, había cesado de llover y salieron a dar un paseo por la carretera que los norteamericanos habían construido a lo largo de la bahía.

A su regreso se encontraron con Davidson que acababa de llegar.

—Es posible que tengamos que quedarnos aquí quince días —les informó con irritación—. Lo he discutido a fondo con el gobernador, pero dice que no hay nada que hacer.